

AHÍ, caída entre los brazos del viejo Río que nunca es sordo, está ella. ¿Por qué se aman ciertas aldeitas pequeñas? ¿Sólo por amor? A veces no basta la flor, es necesario el fruto. Ahí en esa costa tan bien dibujada está ella. Se llama como su oficio: **Canteras del Riachuelo**. Densa en el trabajo del hombre. Suave en el canto del hombre. Su nombre suena a metal, suena a agua desgranada por entre piedras, si granito...

¿Por qué se aman ciertas aldeitas pequeñas, perdidas?

En toda esa costa de Colonia es, quizá la más viva y torneada. Cayó del cielo sobre la tierra como a servir de un remanso al hombre. La encontré tan suave, la amé castamente que allí hubiera querido morir. Sus virtudes son primitivas, pero tiene la gracia de un paisaje que el hombre lo ha vivido depurando años y años. Todos los dones que ella tiene son los que hicieron fuerte y callado a su hombre...

Empieza como todas las aldeitas costeras. Por una boca salpicada de hierbas silvestres que se abre del camino de hormigón que une Colonia a Montevideo, quince kilómetros antes de la ciudad de Colonia. Por esa boca se va hacia la costa magnífica.

¿No la conocéis viajero? Conocedla. Allí alienta un hombre admirable que vino de todos los puntos cardinales, si allí.

Después un camino que se echa andar delante vuestro en pendiente, enhebrando ranchejos que caminan como gusanos sobre la tierra, estrellas en la noche y fuerza dormida en la noche.

Cuando miráis a lo lejos, sobre la mano izquierda, una hoz de bosque verdinegro que sigue al arroyo en su curso, os ofrece un mango que manejan los pies, sin prisa, por aquel camino. Se camina como el reposo, como en Semana Santa, por ese camino tan humilde, tan descarado y lleno de viejas cicatrices. A ambos lados unos muchachones suelen comer higos, enhorquetados sobre las desgarradas ramas de las higueras. Y gritan a vuestro paso: Eh! higos, Maestro, están morados y hay miel misma, dentro, eh, higos frescos, Maestro!...

Se suelen comer varios o no tomar ninguno. Y el Maestro ya ha cruzado. Por otro caminito que sale de ese y que parece que va a subir al cielo de porfiado en subir que es, un par de niños llevan a rastra un carretón de leña. El otoño es buen padre para el niño campesino.

Y después, siempre a los lados, arbolillos que nacieron de un pájaro y crecieron con tierra, sol y agua. ¿Es que acaso ya no basta?

Y luego que el camino hace dos lomos se baja hacia un claro: la Aldeita de las Canteras. Un pueblito multicolor y desgarrado. Su color es del ladrillo o del Arco Iris, pues las monerías de este Muzzio Venezia, se han henchido de estos colores simples. Eh! un pó de alegre, un pó de alegre, signor!

Mas ese alegre triste se pierde. Porque la Naturaleza es sabia y agolpa allí las fuerzas de sus brazos. Y trama la cintura del pueblito con un bosquecillo silvestre fuerte de verdes. Un bosque que va entrando más en el alma, que en los ojos mismos. Toda la sencillez humana del árbol se junta allí: laureles, canelones, guayabos, blanquillos y álamos. Y entonces "aquel pó de alegre" se pierde porque el hombre se encuentra de nuevo a sí mismo, a pesar de la errada vía que Muzzio Venezia quiere hacer al crédulo que perdió sus ojos verdaderos.

En el fondo de ese escenario en el cual se mueven las figuras, simples, como en las páginas estilizadas de los libros de estampas, a poco más de cien metros, se abren azules las canteras con sus bocas tempestuosas. El grito constante del metal, el brazo del hombre, la voz innumerable de un sacrificio que es la síntesis del sacrificio del Mundo.

¿Qué obrero manso y armonioso golpea esta piedra, lector! Por que allí, entre ellos, he oído canciones que estaban en el fondo del olvido.

La tierra se endurece en los remansos del arroyo que se curva como para dormirse sobre el brazo, y allí está la piedra, casi sobre sus labios, santo oficio de ser seguro reposo para la casa del hombre! Allí está...

¿No conocéis esta bella aldea, lector?

Un día, conocedla, y la amarás también.

Hay unos niños, que van por las callejas apenas si señaladas por el camino de ir todos los días al mismo lugar, con las caras sucias, descalzos, chapoteando el agua en el invierno, pero, como hablan, que palabras dicen.

Hablan de la vida y la muerte como si fueran salmos de piedra que quedaran impresos en el aire del día. Hablan sobre las estrellas y dicen: "Que ellas llenan en la tarde sus cántaros en los arroyos..."

Hablan sobre las flores y dicen: "Que si ellas conversaran! ¡qué alegría sería!

Hablan sobre el agua y dicen: "Que no comprenden su gemido si ellas son espejo y en ellas todo se refleja..."

Hablan sobre los árboles y dicen: "Que ellos se encienden solos en la lejanía..."

CANTERAS DEL RÍO

por JESUALDO

Hablan sobre el silencio y dicen: "Que es una nave que se aleja y que el cielo es la fuente desbordada de silencio". ¿Queréis más?

Y una luna clara y redonda, que parece siempre en creciente, hace temblar de emoción al hombre entre esas casitas de los niños que nacen como hongos. Detrás de las canteras encima de ellas mismo, desperdigadas por las laderas y caminos, apretadas entre los arbolillos verdinegros o debajo del cielo azul, azul y claro como cielo de mediodía están las casitas de estos niños de bocas admirables.

¿No conocéis lector, esta aldea pequeñita en la costa del gran Río?

Y arriba, justo sobre las facetas trucas de la piedra, entre el filo de mil ángulos grises o azules del granito, un péndulo magnífico alborea al día. Parece que fuera él quien le indicara al alba que naciese. Bastan tres hombres para componer una sinfonía, con un silencio, dos gemidos y dos notas de idéntico metal.

Uno hace girar la barra sentado sobre la piedra, y dos golpean sobre el barreno con sus mazas. Tienen más que el ritmo del golpe en los brazos, el sentido del golpe en el alma. Y se sucede el "tan... tan" como de perezosa campana amanecida. Y la barra se va hundiendo en el granito milenario, metro tras metro...

—¿Se comerá! ¡Se comerá! ¡Esta es nuestra lluvia... se comerá! Y el martillo sigue golpeando sobre la barra que va entrando, entrando...

Miráis entonces desde arriba, desde el filo de la cantera profunda y abajo hormiguan, en los desvíos, las vagonetas herrumbrientas. Y se multiplican los ecos del golpe, del granito sobre el vagón. Y los hombres van y vienen como abejorros incesantes.



RIACHUELO

Ilustró CARLA WITTE

Y hay montones de piedra desmenuzadas por doquier. Y otros hombres que desgarran la roca enorme... Y picadillo de granito que se hace montaña, es el que va a levantar la casa lejana en la lejana ciudad! Quienes desaparecen en las herrerías de zinc con sus hierros al hombro o quienes marchan con sus carretillas en la descubierta.

Después de este abrazo heroico, seguid andando. Pero antes, eso sí, antes, bebed del agua que vierten esas piedras. El sabor del mundo sale por sus entrañas. Hierro vivo se parece mascar en el agua de sus grietas. Aereada y límpida y fresca; es la sed misma que viene a la boca ávida, ávida!

—Oh! amigo Viajero, ese hombre alto de ancho sombrero de paja hasta, de lino, y torso desnudo semejante sólo a la perfecta escultura griega ese, —preguntadle, si queréis— es quien sabe lo que vale este oro. Arde de alegría cuando su lluvia le cava el surco en la garganta.

¿De qué modo nacen estas aldeitas claras, como margaritas, en el campo? Nacen...

Ah! que feliz me he sentido sobre tu cuerpo, aldeita mía, caminando al paso, sin premura, al paso de reposo o de vigilia, sin premura.

—... y entonces se cruza un Paso Viejo entre dos filas de árboles, al lado de un puentecillo colgado entre las ramas. A la izquierda, aislada del pueblito cuyos caminos de acceso cortó la boca de la cantera Seis, está, en medio de la hoz viva del bosque, La Estancia. Blanca, erecta, livida. Sueño que ha quedado cristalizado en el espacio. Viejo asilo de tiempos bárbaros, hoy, apenas, si baluarte para la senectud de El César. La vida siem-

pre cumple su ciclo y con ella sus cosas. Resiste la tempestad de los barrenos. Se descascara la cal de sus paredes, se agrietan sus cimientos, crujen sus tejas musgosas, pero... ya lo habéis oído... A la izquierda La Estancia, resabio feudal —¡pobre fortaleza!— os mirará cruzar, blanca, recta, livida...

Y a la derecha, de la derecha no quiero hablarlos, no me preguntéis que es lo que hay a la derecha del camino. Seguid andando aun. Al paso os atravesará —casi de seguro— el saludo del capataz de la Seis, Bartolo, anguloso, tejido el rostro de arrugas, cansino de voz y de alma. Bien te recuerdo viejo Capataz, y no se aun por que... Pero se me figura que tú completas este clima especial de la aldeita, como la completaban aquellos cientos de niños que antes hacían danzas en las colinas, suaves.

Y después, campos de trigo y lino madurados, la avenida de eucaliptus, animales tardos y de colores fuertes paciando por las lomas...

¿Qué amor crea y despierta en el hombre este conjugar tan pequeña cosa? La verdad... la verdad... ¿Sabéis la verdad? Dormir bajo este árbol una tarde entera con ese paisaje en la pupila, con una nube de abrigo y un viento calladito contando cosas que ya no vendrán. Y después... después, cualquier cosa, amigo.

Mas, esperad aun. Luego suben y bajan algunas de sus muchas colinas que se cortan y completan, que mueven toda una maravillosa planimetría que ya no olvidaremos más, después de verla.

Y salpicándolas, las casas del hombre que se estiran, se inclinan, siguen la forma de la tierra, el único ritmo cierto. Y casi enseñada os encontraréis, la fila india de casillas, la colmena humana. Rojo el techo, blancas las paredes, verde el campo, el cielo azul. Y allá, en el fondo, el arroyo en cien vueltas y cien remansos, los árboles silvestres distribuidos por una mano sabia, la laguna de juncos, los estanques ciegos en canteras abandonadas, y los médanos, los médanos humanos. Sensuales y vivos, como mujeres gigantescas, desnudas al sol y el Río, —congoja eterna y eterna alegría del médano...— hablando en voces que no callarán más nunca, hablando por boca de sus playas de arcos agudos y arenas finísimas.

Mas no está todo aun, viajero. En esta aldeita, la naturaleza no fué ahogada por la civilización fabril, ni por la industria de los canteros geométricos o los árboles redondeados en copas perfectas. Entre las ramazones agrestes de los árboles indígenas, de toda clase, se alzan los talleres, los molinos desmenuzadores de piedra, las usinas y las chimeneas, los muelles cargadores, el varadero de algún esqueleto de velero en reparación. Todo el intrincado conocimiento. Esquivándose de la geometría, de las formas puras que le asaltan y arañan. Enredándose en ellas. Cadenas y herramientas, cables y piezas en desuso, oxidadas, materia desperdigada entre los juncos o los camalotes florecidos en las orillas del riacho. Ahora esta arteria se va ensanchando en sus ciento y una vueltas admirables. Se remansa. Y se hace profundo y oscuro como un canal. Por él salen las chapas y los veleros con la arena y la piedra para la Argentina. Por él entran los yachts en bandadas, festivos y domingos, de todos los puertos argentinos. Pequeños o grandes. Cáscaras audaces o confortables cutters.

Veleros transatlánticos o simples botes de paseo que han aprendido a domar el Plata. Por él viene toda la cansada ciudad. Y en estas cuevas aduermen la velocidad sin fin, el ruido y la sordera dolorosa de la ciudad que apura. Aquí se tornan serenos los señores. Se depuran sus instintos tanto como sus cuerpos. Porque, aquí no se puede hablar más que en palabras pausadas y en tono amoroso; tan alta es su sabiduría que está gravitando siempre en nuestra alma!

Todo existe en esta aldeita. Desde el peñasco del que araña su pan el hombre, hasta el bosque que le tira sus ramas, el médano la arena, la playa su abrazo, y el campo su trigo, el campo su trigo!

Todo existe en esta aldea. ¿No la conocéis viajero?

Yo la amo tanto que me duele no repetir su nombre una vez más.

Suena a agua desgranada entre las piedras, pero tiene voz de metal. CANTERAS DEL RIACHUELO... Quince minutos antes de llegar a la Vieja Colonia del 1600, recostada al Río, como perdida, solita... ¿Solita? No. Con su hombre, el hombre más armonioso que desgrana la tierra por su rostro. Rompe piedras, palea arena, trabaja en el taller, pesca en la tarde, siembra el trigo, ama y canta. ¿Os parece poco? Es una aldeita pequeña y clara, quizá no esté en los mapas, ni en las geografías, no importa, no la conocerán muchos, la conoces tú, ahora. Yo... Algún amigo...

Cayó un día, al descuido, del mismo cielo; para remanso del hombre y alivio de sus pies, en la tierra.

Viajero, tú que amas como yo el descanso, la serena tarde y el callado entender, concéla que la amarás. Es la mía!

Allí también dormirás una tarde, debajo de un árbol.

JESUALDO.

